La enseñanza de la Filosofía más allá de la época de la cibercultura

María del Carmen Calderón Nava

Independientemente del avance tecnológico al que uno crea se debe remitir, o de la época en la que nos encontremos, la enseñanza de la filosofía se centra en el "aprender a pensar". Podrá sonar muy pretencioso, y, de hecho, lo es. Aunque se puede argumentar que todas las disciplinas enseñan a pensar, lo distintivo de la enseñanza de la filosofía es que enseña a pensar lo pensado, y aquí radica la gran diferencia.

Pero ¿Qué significa pensar lo pensado? Significa poner atención, clarificar, analizar el por qué se piensa lo que se piensa. ¿Qué repercusiones y consecuencias tiene lo anterior? Simple y sencillamente porque lo anterior es la base misma del pensamiento tanto científico como humanista, es la base en tanto que implica el aprender a problematizar, lo que significa situarnos en la base misma del conocimiento.

Problematizar implica no dar nada por supuesto, implica aprender a cuestionar lo aparentemente obvio, implica develar la realidad. Es decir, es aprender a ver más allá de lo que se nos presenta, es la entrada al conocimiento.

No se puede conocer sin preguntarse un porqué, y enseñar a preguntar correctamente es enseñar filosofía.

Es claro que hay que aprender a preguntar, pues no toda pregunta tiene un tinte filosófico.

El aprender a preguntar es enseñar a los alumnos a rebasar el nivel de la inmediatez, es rebasar el nivel de lo particular, lo subjetivo, por un preguntar genérico, universal y objetivo (el mismo para todos sin importar tiempo, lugar, credo e ideología).

Es llevarlos al "en sí mismo de las cosas", no es lo mismo preguntar ¿Quién soy yo? A preguntarme ¿Qué es el Ser? Es un preguntar que rescata el hecho mismo del preguntar más que la posibilidad de la respuesta.

Es una pregunta que abarca no solo la totalidad de lo que existe, sino de lo que existió y de lo que puede llegar a existir.

Esta pregunta dio origen, y sigue dando nacimiento, a todas las ciencias y disciplinas, ya que pudo en sólo tres letras abarcar el común denominador de la existencia, pasada, presente y futura.

Si bien el pensar filosófico no es el pensar cotidiano, y si consideramos que con la pregunta sobre el Ser se empiezan a dar las características de un pensar diferente que se denomina filosófico, entonces podemos observar cómo enseñar a pensar filosóficamente implica:

- Preguntar objetivamente, es decir, hacer preguntas objetivas donde se dejan de lado las voluntades personales y los deseos, donde no tiene lugar lo subjetivo.

- Es un preguntar que busca lo universal, no lo que tiene que ver con tu peculiar idea del mundo, sino que busca lo mismo para todos y que no puede ser de otra manera para todos.

- Es un preguntar que se centra en el carácter racional, el fundamento del preguntar es la razón. La razón es el eje central, es el punto de partida de cualquier validación y metodología.

- Es un preguntar que al trascender lo particular, lo efímero, descubre en su preguntar lo común, y lo común es lo compartido, lo constante para todos.

- Es un preguntar que busca la unidad en la multiplicidad, que, a partir de lo cambiante encuentra lo que permanece.

Sin embargo, a través de la historia, la filosofía, según se responda a sus preguntas en los diferentes momentos y situaciones históricas, ha ido creando diversos y muy diferentes entramados teóricos de las sociedades. Así, en ciertas épocas la filosofía ha fungido como sustentadora del status vigente y, por otro lado, se ha visto como organizadora de la razón.

Es decir, la filosofía puede tomar un papel crítico, radical, que se puede llegar a traducir en revueltas o movimientos políticos y, por otro lado, puede poner en cuestionamiento los fundamentos de la realidad que nos circunda, con lo cual se acerca más a una función de carácter analítico o epistémico.

Asimismo, la filosofía también puede ayudar a interpretar el sentido de la vida, ¿cómo?, relacionando, vinculando, contextualizando, interpretando, proporcionando pautas, ejes, condiciones de posibilidad, esto es, puede ayudar a esclarecer “la razón de ser” de nuestra concepción del mundo.

En este sentido, la filosofía puede ser el eje de una forma de vida, rectora de una vida plena, ayuda a construir o consolidar valores, aunque aquí se corre el peligro de caer en diversas ideologías en donde se pueden influenciar modos de ver el mundo o justificar la existencia de grupos de poder hegemónicos. En este punto el grave riesgo es que pudiera esfumarse la línea entre ideología y filosofía.

Si ciencia y cultura están en el mismo plano, y se entiende la vinculación entre las diversas disciplinas, donde no hay separación entre arte y ciencias; y se supera la idea de utilidad pensada sólo en términos de lo económico e individual dejando de lado el verdadero bienestar, se entiende la necesidad de la enseñanza de la filosofía, sobre todo en el nivel medio superior.

La enseñanza de la filosofía no es sólo una disciplina más dentro de un ya muy abultado curriculum sino es una herramienta para toda la vida.

Es el entender cómo el hombre es, por definición, un ser de vinculaciones, de amarres, de construcciones en función del otro.

Pero el otro sólo es producto de una comunidad, de lo que tenemos en común, de lo que reconocemos compartir; lo cual se ha menospreciado como elemento educativo en aras de una individualidad eficientista.

Hay que partir de los desequilibrios que enfrentamos enseñando a interpretar a nuestros alumnos los signos de nuestro tiempo, pero no de una manera fragmentada como se ha hecho desde la modernidad y posmodernidad.

Hay que rescatar “la totalidad totalizante” en la que nos encontramos en tanto partícipes de un mundo dinámico, cambiante, en donde de manera simultánea se rescate tanto a la “persona” como a su entorno.

¿Podemos alguna vez no irnos a los extremos? Hay que dar condiciones de posibilidad para ayudar a que los alumnos se construyan como personas, pero, al mismo tiempo, que reconozcan su entorno, su cultura, su futuro.

Es aquí donde aparece la función de la enseñanza, todavía podemos enseñar. Y, en esa enseñanza rescatar como lo ha hecho siempre el conocimiento, el valor de la verdad.